

Roca Rey ,

Otra visión de su escultura

El modelar y esculpir es un gesto tan antiguo como el hombre. Se remonta a Dios mismo que, con la arcilla, forjó el primer hombre a su imagen y semejanza. Con este acto de esculpir y modelar, el hombre crea simulacros en los que, no pudiendo darles vida, como hizo Dios, les dona sin embargo un sentido que, más allá de lo meramente visible, corresponde profundamente al sentido originario y total de su estar en el mundo.

El arte es así un gran engaño que esconde y revela al mismo tiempo una verdad más alta, es la aguja reactiva de la balanza entre lo visible y lo invisible, es el denominador común entre lo múltiple y lo único.

Creo que hay que hacer este tipo de consideraciones para aproximarse a las esculturas más recientes de Joaquín Roca Rey, consideraciones que no son preconcebidas, sino sugeridas por las obras mismas que hablan solamente a quien esté dispuesto a descifrar y entender su lenguaje.

Prejuicios sobre la escultura hay muchos. En la tradición greco-latina la escultura es ante todo la estatua, su equilibrado desenvolvimiento de volúmenes y vacíos, su ponderada colocación en el espacio, su revelación visiva como masa plástica definida por la luz diurna. Es un hábito mental y visivo que puede hacernos olvidar, o hacernos difícil la lectura de otro aspecto o carácter propio de la escultura que es justamente el que se encuentra en las obras de Roca Rey: el aspecto "Ctonio", subterráneo, oscuro.

Son éstas esculturas que habría que imaginar colocadas en lugares estrechos, cerrados, sustraídas de la luz del sol como ídolos en el "Sancta-Sanctorum" del templo o en el fondo de un cuarto secreto, antes de llegar al cual sería necesario perderse por oscuros laberintos o haber superado una serie de pruebas de iniciación.

Solamente con este estado de ánimo se puede penetrar lo impenetrable, se puede ser admitido a la visión del secreto. Efectivamente, todo en ellas conduce a la visión y no a la vista. La forma externa está cerrada, compacta, esencial como la de una matriz.

o de una cápsula orgánica; la superficie lisa, continua, impenetrable, es semejanza a una coraza, a veces armada con defensas afiladas que amenazantemente modifican la geometría. Sin embargo, en la mano del oficiante la forma se abre como se abren las valvas o los sépalos de una forma de la naturaleza o como se abre un tabernáculo descubriendo un umbral a través del cual se accede a aquello que está cerrado y es secreto. La plástica del vacío y del volumen adquiere aquí un sentido bien distinto del que tiene la estatuaría: el vacío es en realidad el espacio limitado y contenido en lo cóncavo que es la otra cara de lo convexo, aquella oculta, una alternativa que es más semántica que geométrica pues es también el lugar del misterio.

Superadas las defensas, pasado el umbral, otros símbolos resplandecen en el interior, los símbolos ambiguos y triunfantes de Eros, eterno y temible señor del mundo, señor de toda transformación y, por eso, señor de la vida y de la muerte. Un oscuro respeto invade al espectador que los contempla porque en el momento mismo en el que el símbolo se manifiesta contempla la imagen de su mismo destino.

Giorgio de Marchis
Director del Museo de Arte Moderno
de Roma

